

TURISMOS: varios modelos Seat, Renault y otros.
CAMIONES: con o sin basculante en distintas marcas y tonelajes.
Facilidades de pago
VEA NUESTRAS EXPOSICIONES EN:
MANUEL REY
 BETANZOS: Avda. de La Coruña. Teléfono 499
 FERROL: Avda. Generalísimo, 209. Telf. 354990
 DISTRIBUIDOR: **BARREIROS** **CHRYSLER**

La Voz de Galicia

DELEGACIONES:
 FERROL: Canalejas, 84. - Telf. 351476
 SANTIAGO: Doctor Teijeiro, 5. - Telf. 581035
 LUGO: Buen Jesús, 2. - Telf. 211070

VIGO: José Antonio, 62. - Telf. 223311
 ORENSE: Santo Domingo, 39. - Telf. 216454
 CARBALLO: Desiderio Varela, 18. - Telf. 65
 PONTEVEDRA: Cobián Roffignac, 2. - Telf. 851777

BANDAS TRANSPORTADORAS
Firestone
 VENTA - EMPALMES SINFIN - REPARACIONES, ETC.
NEUMATICOS RIERA
 Ramón de la Sagra, 11 - Teléfono 232036 - LA CORUÑA

O ESPELLO NA MAN

LA VEJEZ

Por VICTORIA ARMESTO

SIMONE de Beauvoir, la compañera de Sartre, acaba de publicar un tratado sobre la vejez. (I).

En Madrid escuché dos juicios desfavorables acerca de la discutida obra, juicios que me merecen estimación; uno, por venir de una señora de 82 años, y otro, por ser la expresión de un hombre inteligente que cultivó mucho en uno de esos lugares ingratos que ustedes saben.

Ahora bien, yo he leído «La vieillesse» y no sólo me ha interesado, sino que me ha revelado muchas cosas que desconocía. Es verdad que soy una lectora agradecida porque ni soy vieja, para poder refutar por experiencia lo que dice Madame Beauvoir, ni soy culta, y es tanto lo que me falta por saber...

Los dos ideas fundamentales que yo he sacado de la lectura del voluminoso libro son que los viejos siguen estando mal tratados, lo cual es posiblemente cierto, y que tenemos una idea errónea acerca de lo que significa la vejez.

No esperen ustedes en la musa del existencialismo mucha piedad. Uno de los grandes consuelos del hombre ha sido pensar que con la vejez le llegará la serenidad y, si uno no tiene la desgracia de chochar, la serenidad y el buen sentido. Estará para siempre felizmente libre de las pasiones que tanto le atormentaron en la juventud y aun en la madurez, especialmente liberado de aquellos que los moralistas católicos denominaron «el cenillo».

Con tan amable perspectiva, y siempre animado por el ejemplo de los estoicos, uno desearía dar

vueltes al reloj de la vida, como quien da vueltas a la cuerda del reloj, y llegar lo antes posible a viejo, porque, aunque entonces uno sufra de artritis, reumatismo e hipertensión, por lo menos no sufrirá a cuenta de una pasión insatisfecha.

Si hemos de creer a Simone de Beauvoir, la serenidad de la vejez es una de tantas ideas falsas que se fabrica el hombre para endulzar su amarga condición. Desde la antigüedad el hombre ha tratado de contemplar la condición humana bajo una luz optimista, atribuyéndole a los edades virtudes que nunca han poseído, como la inocencia al niño y la serenidad al anciano.

No es cierto que la vejez traiga consigo la serenidad. Aun de viejos seguiremos atormentados por las mismas pasiones, «asnillo» incluido, y lo cual —sigo con el razonamiento de Madame Simone de Beauvoir— es posiblemente una suerte.

Al revés de lo que dicen los moralistas (página 567) al llegar a viejos debemos conservar las pasiones lo suficientemente activas para que ellas nos impidan desilacionar. La vida seguirá teniendo un interés a través del amor, de la amistad, de la indignación, de la compasión, pero —añade Simone de Beauvoir con cierta melancolía— las posibilidades no son iguales para todos. La edad en que comienza la decadencia senil siempre ha dependido de la clase a que se pertenece. El declive del trabajador manual es más rápido que el de otros, porque, al cesar su actividad, no sabe qué hacer con su tiempo y se aburre.

En opinión de Simone de Beauvoir, la política de la vejez es, casi en todos los países, deplorable e incluso escandalosa. Las luchas obreras han conseguido integrar al trabajador en la sociedad, pero sólo mientras es productivo. La sociedad tecnocrática no estima que el saber aumente con los años. Sólo la juventud es estimada.

Simone de Beauvoir hace uso de tablas, estadísticas y estudios comparados para probar que la situación de las personas ancianas no ha mejorado gran cosa

(Pasa a la PENULTIMA página)

CUANDO EL CRIMEN PAGA DIVIDENDOS

AGATHA CHRISTIE: "FUNDAMENTALMENTE SOY UN AMA DE CASA"

"Mi marido es un viejecito que tiene trece años menos que yo"

"Cualquiera puede cometer un homicidio"

Por LUIS BETTONICA

y capítulo II

Las ideas me vienen a la mente como relámpagos», dice Agatha Christie, y en realidad, su mente está siempre envuelta en una tempestad de ideas. Hace poco, el poeta Cecil Day Lewis, que escribió novelas policíacas con el seudónimo de «Nicholas Blake», le dijo:

«Doña Agatha, usted y yo ya no somos jóvenes, y no creo que nos quede mucho tiempo por delante. Puesto que usted conserva en la carpeta diecisiete argumentos inéditos, ¿por qué no me vende alguno? Lo más probable es que usted ya no pueda usarlos todos». Mrs. Christie no pudo contener una carcajada, sonora, y redonda, y le respondió: «¡Ni en sueños haría se-

mejante cosa, amigo mío! Estoy segura de que no me queda muchísimo tiempo por delante para disfrutar de la vida y para aprovechar todos los guiones que tengo pensados».

SU VIDA

Agatha Christie es, desde luego, un espíritu joven, a pesar de lo mucho que ha vivido. A los veinticuatro años, Agatha Mary Clarissa Miller, hija de una inglesa y de un americano, se casó con el coronel Christie. «Fue un matrimonio muy feliz, hasta que duró —recuerda la escritora—. Pero después de once años de vida en común, mi marido se enamoró de una jovencita y se marchó de casa». El 7 de diciembre de 1926, Agatha desapareció. Salió a dar un paseo en su automóvil, y no regresó.

Dos mil voluntarios y un impresionante contingente de policías iniciaron una búsqueda. La encontraron al cabo de una semana en un hotel de Harrogate: sufría un ataque de amnesia total. Tardó varios meses en recuperar completamente la memoria. Dos años más tarde obtuvo el divorcio y en 1930 contrajo su segundo matrimonio con sir Max Mallowan, catedrático de Arqueología en la Universidad de Oxford. Sin embargo, la señora Mallowan no ha renunciado a su anterior apellido de casada, por lo cual, técnicamente, Agatha Christie es un seudónimo. De sir Max Mallowan, la escritora dice: «Sus gustos son académicos e intelectuales; los míos son frívolos y superficiales. El hace siempre las cosas en serio, y yo no. El vive preocupado y a mí me da por divertirme, por distraerme y por pensar lo menos posible». Por esto, cree Agatha Christie que se mantiene en plena y radiante juventud.

En los meses estivales, doña Agatha vive en una casa estilo georgiano, a orillas del río Dart, en Devon, donde cultiva sus mejores rosas; durante el resto del año el matrimonio Mallowan se aposenta en Wellingford, cerca de Oxford, «porque mi marido tiene trece años menos que yo, y por eso es un viejecito que no puede hacer cada día un viaje largo hasta la universidad».

UNA GRAN VIAJERA

Agatha Christie es una viajera por vocación. Muchas de sus novelas nacieron en los viajes. La famosísima «Oriente Express» fue imaginada por la novelista en el célebre tren París-Estambul. «La idea me surgió en el trayecto de ida, y a la vuelta tomé nota de todos los detalles: desde la posición de los interruptores eléctricos, hasta el tipo de las puertas, desde las medidas de las ventanillas, hasta la longitud del pasillo de cada vagón...». En otra ocasión ambientó una novela en el antiguo país de los faraones, en el transcurso de un viaje a Egipto, y durante varias semanas se documentó sobre textos históricos con la asesoría de un ilustre agiólogo amigo. En los últimos años Agatha Christie ha acompañado casi siempre a su esposo al Oriente Medio en los viajes de estudio que hace el catedrático de Oxford. La pasión

(Pasa a la PENULTIMA página)

HECHOS Y FIGURAS

Ayudantes para los médicos



EXAMEN PREVIO POR UNA ENFERMERA

En los Estados Unidos, la escasez de médicos se agrava, según la Comisión Carnegie, por el hecho absurdo de que los médicos de costosa formación realizan tareas que bien podrían ser hechas por personal menos preparado.

Tales tareas incluyen tomar la historia clínica y la presión sanguínea... cosas que un doctor no debería hacer. En Norteamérica hay gran número de personas, entre las que se cuentan 250.000 enfermeras retiradas, muchas de las cuales ayudarían de buena gana a los doctores para que se concentraran en cosas más serias. Las fuerzas armadas licencian cada año a 30.000 soldados o clases de Sanidad, altamente entrenados, muchos de ellos, en medicina de guerra en Vietnam. Pero en muchos Estados el único empleo civil relacionado con la Medicina al que pueden llegar es a ordenanza de un hospital.

Como consecuencia, en los Estados Unidos ya hay más de 40 programas para la formación de ayudantes de médicos, con muy diversos títulos (paramédicos, asociados clínicos, practicantes). Todos relevan a los doctores de trabajos que llevan tiempo, como pruebas preliminares para el diagnóstico. Luego, el médico revisa los datos y decide el tratamiento para una docena de pacientes en el tiempo que emplearía en diagnosticar a uno solo.

Para aliviar la crítica escasez de pediatras, la Universidad de Colorado ha preparado unos cursos para enfermeras ya tituladas, con temas como Anatomía, Farmacología, Psicología infantil, Ortopedia y Retraso mental. Las 65 primeras «enfermeras pediatras» ya están prestando servicio a niños de familias pobres que rara vez consultan a un doctor.

CRÓNICA DE MADRID

EL AGUA, BEBIDA AZORINIANA, QUE DESAPARECE DE LA CAPITAL

Ahora es tan mala, que incluso los camareros se resisten a servírsela

MADRID, 12.— (Crónica para LA VOZ DE GALICIA, recibida por «télax», por Francisco Umbra). Ya es público que nos van a

cortar el agua. Está lloviendo tímidamente en Madrid, como para poner en duda a las dignísimas autoridades. Antonio Izquierdo ha recordado que a un ministro se le puso la medalla de la ciudad por acabar con la escasez de agua en Madrid. Ahora resulta que volvemos a andar escasos. Como no es cosa de quitarle la medalla al exministro, que hizo lo que pudo, vamos a tratar de resolver esto entre todos.

EL PROBLEMA DEL AGUA NO TIENE FACIL SOLUCION

Los técnicos en municipalismo, en vías y obras, en agua, en alcantarillas, me dicen que esto no tiene fácil solución. Madrid es una ciudad muy grande con unos ríos muy pequeños. Don Felipe II no contó con que nos íbamos a lavar tanto las manos. ¿Cómo se les ocurrió acampar la corte a la orilla de un río seco, o poco menos? Nuestro tío era sobrio hasta para eso del agua. Las restricciones nos harán volver a esos años cuarenta, tan añorados ahora, de una manera literaria, con la vuelta de Alfredo Mayo a las pantallas, la reposición en la «tele» de «Historia de una escalera», y otros usos de todo tipo que a veces nos retrotraen a aquello, al mundo del racionamiento y el gasógeno. De nada vale construir grandes embalses si en el país llueve poco. Bien están los embalses para embalsar lo que cae, pero cuando no cae nada, los embalses se cruzan de brazos y se cierran de compuertas.

Ernesto Giménez Caballero publicó hace muchos años una novela más o menos surrealista que se titulaba «Yo, inspector de alcantarillas». Don Ernesto Giménez Caballero debería saber algo.

Antes, de lo que pasa con el agua y las cañerías de Madrid, pero a nadie se le ha ocurrido interpellarle en este sentido. Le han interpellado, en cambio, periódicamente, por su artículo «Santiago y cierra España», que parece no ha gustado a todo el mundo. Hasta el punto de que en el mismo lugar donde apareció ese artículo, se ha publicado después otro cuya tesis viene a ser que Santiago abra España, en lugar de cerrarla, con motivo del Año Santo Compostelano de 1971. Si cerramos España y además no llueve, ¿a dónde vamos a ir a parar? Dejemos esto de cerrar España para años de menos sequía. Tiempo habrá de echar el cierre.

Giménez Caballero fue una firma muy frecuente en la prensa de los años cuarenta. Ahora vuelve a verse en los periódicos y vuelven las restricciones de antaño. Restricciones que, en lo del agua solo son preventivas, pero que en otros órdenes parecen muy efectivas. Ayer querían venderme un reloj subacuático, o sea, resistente al agua, y yo le decía al vendedor para qué quiero eso ahora que no va haber agua en Madrid. Esta ciudad tenía un agua muy fina cuando se surtía sólo del Lozoya. Pero luego le metieron Jarama y otros riachos y se estropeó la calidad del agua, sin que aumentase gran cosa el caudal. Fue cuando un poeta hizo un poema festivo sobre el tema, que termina así: «Que ya ni el propio marqués nos parece de Lozoya».

SE RESISTEN A SERVICIOS UN VASO DE AGUA

Antes, en los restaurantes, se podía pedir agua natural, del grifo, y los camareros no lo en-

(Pasa a la PENULTIMA página)

EL MUNDO QUE NOS DUELDE

COMO EN SIBERIA

ANTES, la gente utilizaba el tema del tiempo como recurso de charla. Ahora, por el contrario, acapara la general atención. Nada digamos de lo ocurrido con la meteorología en los últimos días, que figuraba en la primera plana de los periódicos. Todo el mundo se refería a las bajas temperaturas, a los pueblos aislados por la nieve, a que las cañerías de algunas localidades habían reventado. Otros acontecimientos, que habitualmente acaparan el interés del público, aparecían subordinados, habían pasado a un elemental segundo plano. El tiempo era el gran protagonista. Y todos, el que más y el que menos, se creían obligados a concederle sus preferencias.

Al paso que los periódicos consagran secciones especiales a la meteorología, o conforme la televisión y la radio hacen lo mismo, en los últimos años se ha hecho muy popular «el hombre del tiempo». Más de una vez llaman a nuestra Redacción, desde los grandes rotativos madrileños, para preguntar las temperaturas extremas del día en Galicia, así como las probables para las próximas veinticuatro horas. El tema atrae; ya no es un justificante para disipar ciertos momentos de tedio. Antes al contrario: la gente empieza a sentir afición por los pronósticos meteorológicos.

Se explica que el camionero abra su transistor con el fin de conocer cómo andan los puentes de carretera. Lo mismo se comprende que haga el automovilista que, al día siguiente, tiene que emprender viaje. Los que viven en zonas montañosas, por otra parte, no dejan de llevar sus vehículos provistos de cadenas. Todos los inviernos, la «tele» ofrece reportajes sobre la actuación de las máquinas quitanieves, así como de los equipos que se esfuerzan en abrir las comunicaciones entre los pueblos aislados por la tempestad. Ahora parecen haberse puesto de moda las predicciones meteorológicas, como antes proliferaban los aficionados a la astronomía. Hace años, durante una gran tormenta de nieve en los Estados Unidos, los servicios nacionales de meteorología sufrieron errores estrepitosos. El único que acertó, en aquella ocasión, fue un granjero, que, a partir de aquel momento, obtuvo pingües beneficios actuando como brujo.

En mis tiempos de universitario compostelano, eran frecuentes las pugnas dialécticas entre estudiantes vascos y gallegos sobre en qué lugar de España llovía más: en Santiago o en Bilbao. En el «Atlas» de Salinas, que habíamos estudiado durante el bachillerato, figuraba un mapa pluviométrico en el que Compostela era el único lugar de la Península que aparecía de color gris, a la vez que llevaba la indicación de «Con más de mil quinientos milímetros por metro cuadrado». Bilbao y Oporto figuraban a continuación, ya

en tono verde, con el indicativo «De mil a mil quinientos milímetros». En fin: que Compostela era para la lluvia lo que suele decirse de Eciija con respecto al calor, a la que, por sus elevadísimas temperaturas, se la conoce como «la sartén de Andalucía».

Aquella preocupación por la lluvia caída resultaba un poco pueril. Casi tanto como la de algunos muchachos que, creyendo así hacerse más hombres, presumían de padecer una enfermedad inconfesable. Ahora, por el contrario, el tiempo constituye motivo de general inquietud. Se explica que antes, cuando la gente estaba peor alimentada, cuando las casas eran unas neveras, preocupara el estado del tiempo. Sin embargo, nadie se inquietaba mayormente por las predicciones meteorológicas. Claro que, entonces, el hombre estaba hecho a una mayor austeridad, llevaba una existencia casi espartana. Ahora, que el progreso parece habernos hechos más sensibles al dolor, ocurre un fenómeno curioso con la calefacción. Las personas, habituadas a ella, tiemblan de frío tan pronto como falta el calor y desciende imprevistamente la temperatura.

Preocupa el tiempo, pues, como en ninguna otra época. No se trata ya de ese motivo literario que preside toda la novelística de Proust. El individuo no suele esforzarse en buscar el tiempo perdido, sino que indaga las predicciones meteorológicas para conocer cómo andará la cosa en la próxima jornada. A veces, se encuentra con sorpresas desagradables. Tal es lo que ocurre con las calefacciones en los trenes, que se inician y que terminan en unas fechas determinadas, sin atender para nada a que en sus comienzos puede hacer una temperatura otoñal ni a que al ser retiradas, puede temblar de frío hasta el maquinista. Cosa paradójica es, también, lo que ocurre en los hoteles madrileños, que a las doce de la noche cesan de funcionar los radiadores, hasta las ocho de la mañana del día siguiente. Precisamente, cuando los termómetros registran las temperaturas más bajas.

Vemos, pues, que el tiempo ha llegado a convertirse en algo importante para nuestra sociedad, en algo que acapara el interés general. Antes, no dejaba de ser un pretexto socorrido cuando se agotaban todos los demás temas de conversación. En la actualidad, adquiere carácter de verdadero protagonista, de personaje que recuerda las novelas rusas del siglo pasado, sobre todo, cuando nos asalta de improviso, como ocurrió días pasados en Galicia. Acostumbrados a un clima templado y a nuestra vieja amiga la lluvia, las nevadas nos gustaban la jugarreta de cortar las comunicaciones y de aislar a numerosos pueblos. Ni más ni menos, que si estuviéramos en Siberia...

E. MERINO

SINTOMAS

Yo diría que hay cierto serial de películas que está dando más dinero a ganar a los médicos que cualquier epidemia de gripe de las usuales cada dos o tres años. Confieso que no he visto muchas de estas películas, porque ya ando prevenido contra ellas, pero hay gentes con muy morbosas aficiones a buscarse problemas, como dicen en las películas de vaqueros, que las ven con fruición.

Los tales telefilmes, como saben, versan siempre sobre enfermedades. Y describen síntomas y apuntan diagnósticos en forma tan insistente que no hay telespectador que no acabe encontrando en sí mismo muchos de los síntomas inquietantes que asustan al protagonista de la historia de cada sábado por la noche, que es cuando se crea la organizada alarma. Que si el riñón, que si el cerebro, el corazón, el hígado, la médula, la artritis, la esquizofrenia...

En resumen, ganas de meterle a uno el miedo en el cuerpo. Como si la propia vida actual no fuera ya lo bastante amenazante como para tener, encima, que aguantar películas de éstas que le dejan



a uno con la tremenda duda de si ese dolorcito de la espalda, tan parecido al de la chica de marras, no querrá decir que también estamos al borde del abismo...

Confieso que me parecen mucho más reconfortantes las historias de dibujos animados...

CANTINFLAS

No es que Cantinflas me divierta hoy mucho menos de lo que me divertió antes, pero ello no le impide a uno reconocer que el artista mejicano tampoco ha prosperado mucho que digamos y en sus reiteraciones no ha llegado a la tras-

endencia que podía esperarse cuando irrumpió tan arrolladoramente con aquellos primeros títulos en los que efectivamente encarnaba con propiedad y sumo ingenio el arquetipo «pelao» mejicano.

Lo que pasa es que Cantinflas no se ha liberado del melodramatismo tan consustancial a un cine mejicano que solo por el extinguido camino del Indio Fernández apuntaba hacia la importancia.

En «Un Quijote sin mancha» uno se divierte, naturalmente, con las gracias verbales de Mario Moreno, con sus desorbitaciones y arbitrariedades expresivas, pero enseguida se irrita cuando pretenciosamente intenta moralizar con discursos y argumentaciones tan de pacotilla como la que en esta cinta les suelta a los «hippies» con él detenidos en una comisaría mejicana o cuando se hace el bueno para repartir caridades a lo novela de Luis de Val.

Si alguna vez pudo pensarse que Cantinflas iba a ser un nuevo Charlot, la verdad es que la madurez y la experiencia sólo le han servido para marcar las diferencias y distancias. Cantinflas a quien ahora comienza a parecerse es a un Roberto Font. Que es cosa muy distinta a lo de Chaplin, por supuesto.